

**Ejercicios Espirituales**  
**Archicofradía de la Guardia de Honor del Corazón de Jesús**  
**Parroquia de San Nicolás de Pamplona - Cuaresma de 2014 - Día tercero**

### **Introducción**

- La novedad del Evangelio, la novedad de la persona de Jesucristo: no acostumbrarnos, no es “lo de siempre”, no son “unas bellas tradiciones recibidas de nuestros mayores”. Es la gran novedad, la buena noticia del Amor de Dios a los hombres. San Ignacio, que era “cristiano viejo” (como nosotros) recibió la gracia de encontrarse con Cristo y captar la novedad de ese encuentro: transformación del corazón y de la vida.

### **I. Muerte**

- A la luz de la muerte el creyente descubre el sentido y valor de la vida. La muerte exige que nos decidamos en cada momento. Mientras disponemos de la vida, urge que vivamos con plenitud.

- “Haced un tesoro inagotable en el cielo... Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”. “Vosotros estad preparados, porque a la hora que menos penséis, viene el Hijo del Hombre”.

- El Evangelio de Jesucristo, como siempre, nos da un baño de realismo, nos pone frente a la verdad más profunda de nuestra vida, quitándonos de delante de los ojos esas telarañas que no nos dejan pensar con libertad, con verdad.

- El momento de la muerte es el momento en que nuestra voluntad quedará fijada para toda la eternidad: mientras vivimos en este mundo, hay posibilidad de cambiar, de tomar decisiones; luego ya no, la muerte fijará nuestra voluntad, el deseo de nuestro corazón, para siempre. Por eso, qué importante es vivir teniendo presente que vamos caminando hacia esa hora última, esa hora que nos abrirá las puertas de nuestro triunfo definitivo o de nuestro fracaso definitivo; vivir cada hora como si fuese la última.

- No nos engañemos: lo que tengas que hacer hazlo ahora, porque no eres el dueño de tu tiempo. Ésta es la hora, éste es el momento. Si hoy no estás preparado, ¿cómo lo estarás mañana? Mañana es día incierto: ¿qué sabes si tendrás un mañana?

### **II. Juicio**

*Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 1022: “Cada hombre, después de morir, recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular que refiere su vida a Cristo, bien a través de una purificación, bien para entrar inmediatamente en la bienaventuranza del cielo, bien para condenarse inmediatamente para siempre”. «A la tarde te examinarán en el amor» (San Juan de la Cruz, *Avisos y sentencias*, 57).

### **III. La posibilidad del fracaso definitivo: una llamada a la responsabilidad**

- Una de las verdades repetidas por Cristo en el Nuevo Testamento es la posibilidad de condenación, de cerrarse a la gracia. “Y cuando viniere el Hijo del hombre en la gloria y todos los ángeles con él, entonces se sentará en el trono de su gloria y serán congregadas en su presencia todas las gentes y las separará a unas de otras, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y colocará las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda” (Mt 25,31ss.); “Entonces dirá también a los de su izquierda: apartaos de Mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt 25,41).

- En la encíclica *Spe salvi* (nº 44) señala Benedicto XVI: “La imagen del juicio es una imagen que exige responsabilidad. Dios es justicia y crea justicia. Éste es nuestro consuelo y nuestra esperanza. Ambas (justicia y gracia) han de ser vistas en su relación interna. La gracia no excluye la justicia. No convierte la justicia en derecho. No es un cepillo que borra todo, de modo que cuanto se ha hecho en la Tierra acabe por tener siempre igual valor. [...] Al final, los malvados

en el banquete eterno no se sentarán indistintamente junto a las víctimas, como si no hubiera pasado nada”.

- En definitiva, no da igual ser Hitler o ser Madre Teresa de Calcuta. A Dios no le da igual lo que seamos, lo que hagamos o dejemos de hacer, lo que pensemos. El perdón y la misericordia de Dios no es de cartón-piedra, no es de juguete; nuestra fe nos llama a la responsabilidad, a vivir en la verdad y la justicia...

- *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 1033: “Morir en pecado mortal sin estar arrepentido ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra *infierno*; nº 1035: “La enseñanza de la Iglesia afirma la existencia del infierno y su eternidad. Las almas de los que mueren en estado de pecado mortal descienden a los infiernos inmediatamente después de la muerte y allí sufren las penas del infierno, *el fuego eterno*. La pena principal del infierno consiste en la separación eterna de Dios en quien únicamente puede tener el hombre la vida y la felicidad para las que ha sido creado y a las que aspira”.

#### **IV. Encarnación: el gran misterio de la condescendencia, la humillación de Dios por amor a los hombres, la respuesta de Dios al mal, al pecado y a la muerte**

- En las meditaciones que hemos ido haciendo hasta ahora quizá han echado en falta que hemos hablado poco de Jesucristo. Sin Él las cosas se hacen muy cuesta arriba.

- San Ignacio de Antioquía: mártir, obispo de Antioquía (siglo I), durante su viaje a Roma como prisionero, escribió siete cartas. Dice en la *Carta a los Tralianos*: “Haceos los sordos cuando se os hable prescindiendo de Jesucristo, el del linaje de David, el de María, el que verdaderamente nació, comió y bebió, verdaderamente fue perseguido bajo Poncio Pilato, verdaderamente fue crucificado y murió, a la vista de los seres celestes, terrestres e infernales. El que también verdaderamente resucitó de los muertos, al haberle alzado su Padre”.

- En efecto, desde la encarnación ya no se puede adorar seriamente a Dios sin reconocer que ha enviado a su Hijo al mundo. Nuestra vida de fe y amor avanza tanto más profundamente cuanto vemos que Dios, de creador se ha hecho hombre, de vida eterna ha pasado a muerte temporal; verlo en el pesebre, amamantado por su madre, muerto en cruz, etc. Una religiosidad sincera, auténtica, robusta tiene que comenzar por el reconocimiento de que Dios ha sido “condescendiente” con nosotros.

- Primer cuadro: Dios creó el mundo como una decisión libre y misteriosa de sabiduría y amor. Habiendo caído Adán, Dios no abandonó a los hombres. La Stma Trinidad, las tres personas, compadecidos de los hombres, deciden: “Hagamos la redención del género humano” y deciden que el Hijo baje a los hombres.

- Segundo cuadro: la Segunda Persona, el Hijo, el Verbo, se encarna, se hizo carne. El Hijo de Dios ha asumido la naturaleza humana para llevar a cabo la redención: “Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Flp 2,6-11).

- Tercer cuadro: el ángel Gabriel se presenta a la Virgen María (Lc 1,26-38). Al anuncio de que ella dará a luz al Hijo del Altísimo sin conocer varón, por la virtud del Espíritu Santo, María respondió por la obediencia de la fe, segura de que *nada hay imposible para Dios: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*. Así, dando su consentimiento a la Palabra de Dios, María llegó a ser Madre de Jesús y, aceptando de todo corazón la voluntad divina de salvación, se entregó a sí misma para servir al misterio de la Redención.

- *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 463: “La fe en la verdadera encarnación del Hijo de Dios es el signo distintivo de la fe cristiana”.